

El genocidio franquista

Jaime Mayor Oreja calificó la Guerra Civil de “lo peor de nuestra historia”. Su propósito era mostrar la inconveniencia de todo intento de ahondar en las responsabilidades que acompañaron a la tragedia. Sería tanto como reabrir heridas mal cicatrizadas y poner en peligro la reconciliación alcanzada gracias al ejercicio de olvido que acompañó a la transición. El argumento tiene un punto de razón: después de un pasado tan traumático, cualquier ejercicio de recuperación de la memoria histórica ha de ser llevado a cabo pensando en primer término en una mejor convivencia futura. Y es precisamente esto último lo que justifica una actitud opuesta a la preconizada por nuestros conservadores. Los españoles tienen



ANTONIO ELORZA

El reconocimiento de las víctimas republicanas es una tarea pendiente de la España democrática

derecho a un conocimiento preciso de lo ocurrido en los años treinta y, como ha sucedido en tantos otros países, Alemania, Francia o Italia, a exigir siquiera simbólicamente responsabilidades a los culpables.

Por esas mismas experiencias sabemos que no es tarea sencilla. Una labor incompleta ha favorecido en Italia la supervivencia política de un fascismo reformado. En Alemania la rigurosa condena del nazismo y el reconocimiento pleno del Holocausto, hasta el punto de seguir prohibida hasta hoy la reedición de *Mein Kampf*, tuvieron como contrapartida la débil voluntad para aplicar justicia a los criminales. Tampoco fue fácil en Francia superar el trauma de que tantos, incluido el luego resistente Mitterrand, se

apuntaran tras la derrota de 1940 al *Maréchal, nous voilà!*. Tal vez la reconstrucción de la verdadera biografía del presidente socialista a partir del libro de Pierre Péan en 1994 tuvo un saludable efecto al mostrar que también en el vértice de la izquierda las cosas distaban de haber sido de blanco sobre negro, y que detrás de la emotiva ceremonia de la rosa roja depositada al ganar las presidenciales en la tumba del resistente asesinado Jean Moulin se encontraban su duradera amistad con René Bousquet, verdugo de judíos en 1942, y el respeto mal disimulado hacia Pétain.

Es de desear que en España la ponderada Ley de la Memoria Histórica y la reciente iniciativa procesal del juez Garzón contribuyan a un ejercicio simi-

lar de esclarecimiento. “Una nación no puede olvidar su pasado”, declaró Jacques Chirac al poner en marcha hace una década los procedimientos para devolver los bienes secuestrados a los judíos. El reconocimiento y la reparación de los daños sufridos por las víctimas son en este sentido prioritarios, más aun cuando en nuestro caso, tras sufrir la muerte, los republicanos asesinados fueron en tan gran número condenados a la humillación adicional de la fosa común. Sigue siendo al respecto válida la apreciación del romántico Ugo Foscolo en su poema *De los sepulcros*, al presentar el enterramiento digno de los restos como signo de la transformación de “las humanas fieras” en seres “piadosos

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

El español, ¡qué gran Lengua!

Lengua del pueblo y de poetas, lengua de la intimidad y de la plegaria, lengua castiza y entrañable, lengua magnífica... hasta ahí. Hasta ahí habían sobrevivido nuestras lenguas mientras fueron reprimidas y así deberían, para algunos, mantenerse ahora: en conserva, en un recoleto conservatorio. Para rezar o chismorrear bueno era el catalán, pero para la microbiología o para la filosofía, seamos serios, para eso era necesario el castellano. (Hoy este argumento serviría para quienes proponen hacerlo todo *directamente* en inglés).

En algún lugar, irónicamente, yo argumenté exactamente lo contrario: que se debía rezar y chismorrear en castellano, pero que para la ciencia o la teoría deberíamos usar el catalán. Era el año 1969, de modo que decidí publicar en catalán una tesis doctoral que, ¿cómo no?, tuve que redactar en castellano para poder presentarla.

“No es lo mismo conocer la lengua de modo más o menos sobrevenido —dice Savater— que estudiar en ella y aprovechar todos sus recursos expresivos y bibliográficos”. ¡Y cuánta razón tiene! Sé bien de la riqueza expresiva y literaria que se tiene cuando se escribe sobre temas culturales en la misma lengua en la que se pedía sopa en casa: cuando la llamada lengua 1 (materna) y la lengua 2 (académica) coinciden. En mi caso no coincidieron y al escribir noto esta carencia. Una carencia que espero no sientan mis hijos de 11 y 12 años, que ya hablan gallego con su madre, catalán conmigo y castellano en la escuela de Santiago. Sólo falta que tengan como asignatura el portugués para que nazcan con “todos los recursos expresivos y bibliográficos” de cuatro lenguas.

Pero es curioso: lenguas como la española o la francesa, que hasta ahorita se defendían



XAVIER RUBERT DE VENTÓS

Para tener una lengua parece que hay que tener un Estado. Pues, bien, tengamos un Estado catalán

por su universalismo frente a las lenguas vernáculas, apelan hoy a argumentos particularistas y reclaman la protección política del Estado. ¿Será que ahora, cuando nosotros vamos olvidando estos argumentos y defendemos el catalán en la escuela por razones de “cohesión social”, ellos se han vuelto como catalanistas rancios que defienden el castellano o el francés por razones de “cohesión política o cultural”?

Así parecía sugerirlo un artículo aparecido en este mismo periódico: “Los españoles no somos tan fuertes como para olvidarnos de esta función *política* de la lengua. A mi modo de ver no se trata de un prurito nacionalista, sino de una legítima necesidad de los pueblos de permanecer”. Sí, han leído ustedes bien: “una legítima necesidad de

los pueblos a permanecer”. Pero ¿cuáles son esos pueblos y lenguas con tal derecho?

Alguien dijo que “una lengua es un dialecto con un Ejército”. Menos explícitos y belicosos, algunos españoles que redactan manifiestos parecen entender que “una lengua es un dialecto con Estado”. Pues bien, si esto es lo que necesitamos los catalanes para tener también nosotros una lengua, consigamos ese Estado, que lo demás ya nos será dado (y reconocido) por añadidura. A eso nos llevan los propios argumentos de Fernando Savater: “Porque el busilis de la cuestión —nos dice— no es el bilingüismo, desde luego, sino el *bies-tatismo* que los nacionalistas pretenden imponer a sus autonomías”.

Y esto es lo que tácitamente entienden tantos nacionalistas

españoles que no se asombraron ni escandalizaron cuando al ir a vivir a Francia tuvieron que aprender francés, italiano en Italia o alemán en Alemania. ¿Y en Catalunya? En Catalunya no, Catalunya es otra cosa. Ahora que los funcionarios españoles tienen que aprender lenguas europeas para trabajar en la Comunidad, sigue pareciéndoles un agravio o un atentado a sus derechos adquiridos el que aquí, en Catalunya, deban aprender el catalán.

“Pues nada, consigamos que no lo sientan como un agravio; seamos un vulgar Estado más”. Esto es lo que pueden ir pensando muchos catalanes —no necesariamente nacionalistas— al comprobar que no les queda otra si no quieren inquietar o irritar a los españoles cuando reclaman los derechos y medios indispensables para enfrentar desde la inmigración hasta la educación y la cohesión del país.

¿Que si somos una nación? Dejémosles a ellos estos discursos esencialistas, en el que españoles y franceses parecen *ahora* tan interesados, y contentémonos con alcanzar el banal estatus de Estado ante el que ya nadie se ofenda ni se sienta literalmente “tirado de la lengua”.

Por lo que respecta al castellano... Pues sí, pese a los costes que para mí ha tenido su imposición, yo cada día agradezco a los dioses poder leer a Cervantes, a Gracián o a Quevedo con la naturalidad con la que nunca podré leer a Shakespeare. O poder hablar con los hispanoamericanos con los sobreentendidos y la complicidad que nunca tendré con un norteamericano o un francés.

El español, ¡qué gran Lengua! Sólo nos falta que también España pase a ser un gran Estado vecino.

Xavier Rubert de Ventós es filósofo.

FORGES

